

»Y creyó él y toda su casa. Este milagro al volver de Judea fué el segundo que hizo en Galilea».

Milagro notable, pues lo hizo estando ausente y a distancia de cuarenta kilómetros que hay de Caná a Cafarnaúm. Milagro también muy oportuno, pues con él daba principio a la predicación del Evangelio en Galilea, que por cierto tendrá por centro precisamente a Cafarnaúm de donde era la familia del régulo, que quizás allí mandaba.

63. EL PROFETA EN SU PATRIA

(L. 4, 14-31; Mt. 4, 12-16; Mc. 1, 14-15)

De Caná bajó Jesucristo a Cafarnaúm, pero antes de establecerse allí, como había de hacerlo pronto, recorrió guiado por la virtud del Espíritu Santo las aldeas de aquella región muy poblada de habitantes sencillos y religiosos y abuntables como pocas en sinagogas. En todas ellas fué predicando su nueva doctrina. Cuando le oían, todos se hacían lenguas de él; de manera que en breve su fama se extendió por todo el país.

Por fuerza que en sus correrías más de una vez le saldría al camino y al deseo, su segunda patria, la aldea sonriente de su juventud, Nazaret, en la que había crecido y donde tenía aún muchos paisanos, amigos y parientes, que deseaban verle y oírle, y hasta le llamarían allá con insistencia.

«Fué, pues, a Nazaret, donde se había educado, y como en otras partes acostumbraba, el sábado entró en la sinagoga».

Era para los judíos la sinagoga, algo así como la iglesia o la parroquia para nosotros. No era templo, pues los judíos no tenían más templo que el de Jerusalén. Pero como su mismo nombre lo significa, era el sitio de *reunión* para rezar y para escuchar la explicación de las Sagradas Escrituras, así como nosotros escuchamos las pláticas y los sermones. De ordinario era un gran salón, más o menos vasto y lujoso. Donde nosotros tenemos el altar mayor y el presbiterio, ellos tenían un sitio distinguido también y elevado por algunas gradas. En una arqueta o armario guardábanse con veneración los libros de la Sagrada Escri-

tura, ante la cual en señal de respeto ardía, como ante nuestros tabernáculos, constantemente una lámpara. A los lados en este presbiterio solían sentarse las personas más distinguidas, los ancianos, los doctores, los escribas y los ministros.

Pobre y miserable había de ser el pueblo que no tuviese una sinagoga. Donde hubiese diez personas bastante acomodadas para edificarla, había una. Las poblaciones más importantes tenían muchas más. En Jerusalén, además del templo, había más de cuatrocientas.

Las reuniones solían celebrarse todos los sábados sin falta y con frecuencia los lunes y jueves. En ellas se rezaban ante todo las oraciones. Luego se leía una *parasja*, es decir, un *párrafo* de la Ley, de los libros de Moisés, y luego otro de los Profetas, que por ser el último de la reunión se llama *haftara* o despedida. Algunos de los doctores traducían y explicaba en alguna plática familiar estas lecturas a los asistentes. Mas no era necesario para dirigir la palabra ser sacerdote, ni siquiera rabino; sino que cualquier persona instruída que se atreviese a hablar podía o ser invitada a ello, o, aun sin ser invitada, pedir al presidente el permiso de hablar.

Era, pues, un sábado, y por tanto día de fiesta, y Jesús llegó a Nazaret y entró según su costumbre en la sinagoga. Sentóse con todos en los bancos. Pero terminadas las oraciones levantóse de su asiento y subió al tablado a hacer la lectura.

Extraordinaria debió ser la conmoción y la curiosidad cuando los nazarenos vieron a su paisano e igual, de quien tantas cosas les habían dicho, pero a quien habían conocido carpintero, sin otro estudio que el del martillo y de la sierra, levantarse para dirigirles la palabra desde aquel sitio venerable, propio de los instruídos y de los doctores... ¡Cómo se las iba a arreglar?

El *hazán*, o ministro, que como nuestros sacristanes, servían en la sinagoga, le entregó el libro que entonces tocaba explicar, que era precisamente el de las profecías de Isaías. Eran entonces los libros, no como los nuestros, serie de hojas plegadas, sino rollos de hojas de papiro o de pergamino o de cuero adobado, las cuales se unían una a

continuación de la otra en una larga banda, que se arrollaba por un extremo a un cilindro de marfil o de madera, y por el otro a otro. Para ir leyendo se desarrollaba un cilindro y se arrollaba el otro, recogiendo en éste lo que aquél había dejado, con lo cual se podía ir recorriendo toda la obra.

Desenvolvió, pues, el joven Nazareno con majestuosa serenidad ante sus convecinos, que sin chistar le estaban mirando, el rollo de Isaías, y halló un pasaje en que estaba escrita esta profecía:

«El Espíritu de Jehová está sobre mí, porque me ha unguido: me ha enviado a dar la buena nueva a los pobres, a sanar a los desgarrados de corazón, a predicar a los cautivos que serán libertados y a los ciegos que recobrarán la vista, a enviar libres a los oprimidos, a predicar el año propicio del Señor, y el día de la recompensa».

Arrolló entonces el libro, se lo devolvió al *hazán* y se sentó. Y dice San Lucas, que todos los ojos estaban fijos en él, llenos de extrema curiosidad y expectativa. Entonces con sublime sencillez y en medio de un silencio absoluto comenzó a hablar y dijo:

«—Hoy en vuestra misma presencia se está cumpliendo esta Escritura».

Y siguió explicándoles cómo él mismo era el Mesías; cómo su predicación era la buena nueva; que *ungido de Dios*, Cristo y Mesías del Señor, lleno del Espíritu de Jehová, venía a traerles la buena nueva del Evangelio, a darles la libertad mesiánica, a esparcir la luz de la doctrina, a vendar y sanar las heridas y fracturas de sus almas y corazones, a abrir el año del gran jubileo, en el cual Jehová daría a cada cual su merecido. Y tales cosas dijo y con tanta gracia y sabiduría que toda la asamblea quedaba encantada.

«Todos, dice San Lucas, le daban su aprobación y se admiraban de las palabras que llenas de gracia salían de sus labios. Y decíanse: ¿No es este el hijo de José?»

No era, sin embargo, posible que faltasen murmuradores y envidiosos, y mucho más en un pueblo y aldea reducida. Pronto entre las admiraciones y aplausos generales surgió el susurro de los celos y serpeó la murmuración del des-

precio. Y no abiertamente sino en voz baja debieron empezar a decir algunos, que en efecto cómo podía ser el Cristo, el que no era más, como todos sabían que el hijo de un carpintero, y que qué pruebas aducía para demostrar una misión tan grande, y que si eran verdaderos los milagros que en otras partes había hecho, que los hiciese en Nazaret, pues si hacía favores y mercedes a los extraños mucho más debía hacerlos a los suyos, y en su casa, según el refrán: *Médico, cúrte a tí mismo*.

Y Jesús que adivinaba lo que entre sí se hablaban, les dijo:

«—Ya sé que vais a recordar aquel proverbio: *Médico, cúrte a tí mismo*; y a decirme: todo eso que hemos oído que has hecho en Cafarnaúm, hazlo aquí en tu patria.

»Pues bien, oid lo que os digo: Ningún profeta es acepto en su tierra. En verdad os digo: Muchas viudas hubo en tiempo de Elías en Israel, cuando el cielo estuvo cerrado por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país, y a ninguna de todas ellas fué enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, extranjera, del país de Sidón. Y muchos leprosos hubo en Israel en tiempo de Eliseo profeta, y ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán que era de Siria».

Al oír esto, no ya solo los que murmuraban, sino todos en la sinagoga se llenaron de ira. Formóse un motín horrendo. Levantáronse turbulentos, cogieron a Jesús, condujéronle a empujones fuera del pueblo: lleváronlo hasta la cumbre del collado en que estaba edificado. Ibanle a arrojar desde allí, cuando Jesús puesto ya al borde del precipicio dió media vuelta, y sin más esfuerzo que el de su divina voluntad omnipotente, ni más imperio que el de su majestuosa mirada, hizo que todos le abriesen paso, y pasó sin apresurarse por en medio de todos ellos.

«Y abandonando a Nazaret bajó a Cafarnaúm y eligió vivir en ella».

64. CAFARNAÚM

(L. 4, 31; Mt. 4, 13-16)

Triste y airado estaba un día el bondadoso Maestro.

«¡Ay de tí Corozaim!—decía—¡ay Betsaida, de tí! Si en

Tiro y en Sidón, que son gentiles se hubiesen hecho los milagros que en vosotros se han hecho, se hubieran sentado cubiertas de cilicio y de ceniza, y hubieran hecho penitencia! Pero yo os aseguro que en el día del juicio se tratará a Tiro y a Sidón con más benignidad que a vosotras.

»Y tú Cafarnaúm ¿siempre piensas que vas a estar elevada hasta el cielo? ¿hasta el abismo sí que vas a ser abatida! Porque si en Sodoma y en Gomorra se hubiesen hecho los prodigios que en tí se han hecho, quizás estarían aún en pie. Pero te aseguro que en el juicio se las tratará mejor que a tí».

¿Qué era, pues, Cafarnaúm sobre la cual Jesús va a echar años más tarde esta maldición? Hoy de ella restan tan oscuros y pobres vestigios que apenas el curioso investigador puede descubrir rastro del sitio que ocupaba. La maldición de Jesucristo la arrasó por completo con el tiempo.

Pero, como el mismo Jesús lo indica en esta maldición, Cafarnaúm fué testigo de sus más insignes maravillas y preclaros hechos, escuchó sus más hermosas predicaciones, recibió sus más dulces favores. Por Cafarnaúm vió Isaías amanecer el día del Evangelio, como lo escribió en aquella dulcísima profecía que se lee la noche de Navidad.

«En el primer tiempo, decía, se cubrió de oprobio la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí. En el último se llenará de gloria ese país que cae hacia la Galilea de los gentiles camino del mar. El pueblo que andaba en tinieblas vió un gran resplandor; a los que habitaban el país de las sombras de muerte resplandecerá la luz».

En efecto, Cafarnaúm situada al borde del mar en Galilea, en los confines de Zabulón y Neftalí, se hallaba en aquellos días en tinieblas de vicios y corrupción. Puesta en el cruce de los caminos que salían a Damasco y a Tiro, a los puertos de Tolemaida y de Cesarea, a Jerusalén y a Egipto, y por el lago a todas las ciudades situadas en sus orillas, reunía en su plaza todo el mercado y comercio de estas regiones. El tráfico activísimo y la industria desarrollada acumulaban en ella grandes riquezas, reunían gran número de extranjeros y naturales, de toda religión y raza, y naturalmente fomentaban toda clase de vicios y un orgullo desmesurado.

Las delicias del país fomentaban sin duda la molición, que las riquezas introducían. En efecto colocada, según hoy se cree, en una colina sobre el mar, presentaba a un lado y otro preciosas vistas de la costa que se desarrollaba adornada de elegantes villas, suntuosas ciudades y festivas fincas de recreo. A sus pies se extendía el manso a veces y a veces también, y cuando menos se esperaba, tempestuoso mar de Galilea, lago de Genesaret, o lago de Tiberiades, que todos tres nombres recibía, de cinco leguas de largo y dos y media de ancho, lleno de pesca, surcado de lanchas, rodeado de vegetación que se acercaba por las pendientes hasta lamer las olas. Cafarnaúm, Tiberiades, Magdala, y en fin, Tariquea a la salida del Jordán, adornaban la costa occidental. La costa oriental aparecía ceñida por un camino despoblado que sobre el mar y al pie de los montes se arrastraba. Entra en él el Jordán por el Norte y sale por el Sur.

Como sitio de tanto comercio y tránsito Cafarnaúm tenía aduana, y una guarnición de soldados romanos mandada por el piadoso Centurión, que toda la Iglesia conoce, quien, aunque gentil, amaba tanto a los judíos, que les edificó en Cafarnaúm una sinagoga, tal vez la única que en una ciudad tan rica y populosa como irreligiosa había en aquel tiempo.

Allí, pues, expulsado por los suyos de Nazaret, bajó el Señor para irradiar desde aquella altura como desde un faro la luz que había de alumbrar a todo el mundo. No era desconocido, como sabemos. Había en ella dado la salud al hijo precisamente del Régulo. Había además, como le decían los Nazarenos, hecho allí antes de ir a Nazaret otros prodigios. Tenía, en fin, amigos y aun discípulos, y podía servirse como de la suya de la casa de Simón el pescador, que aunque natural, como su hermano Andrés, de Betsaida, tenía aquí en sociedad con él, su casa, ya fuese propia, ya de su hermano Andrés, ya de su esposa, que vivía en ella con su madre.

65. LOS PESCADORES DE HOMBRES

(L. 5, 1-11; Mc. 1, 16-20; Mt. 4, 18-22)

¿Recordáis cómo desde Judea trajo el Señor consigo varios discípulos? Entre ellos venían los primeros Simón y

Andrés, Juan y Santiago. Con ellos se había presentado en Caná, en Jerusalén y en Samaría. Todavía, sin embargo, no fué definitiva y para siempre, aquella vocación, y cuando Jesús lo tuvo por conveniente, los dejó volver a sus negocios, y entregarse de nuevo a sus faenas. Mas ya se acercaba la hora de volverlos a llamar a su lado, y no por corto tiempo, sino para siempre.

Y un día salió el Maestro de Cafarnaúm y en el campo a la orilla del mar se puso a enseñar el evangelio al pueblo. Arremolinóse, como solía a su presencia, la muchedumbre, ávida de escuchar su dulcísima y maravillosa palabra, y de tal manera le oprimía, que le impedían hablar y le iban estrechando contra la orilla. Entonces Jesús dirigió la vista al lago y vió en él dos lanchas quietas. Sus pescadores habían desembarcado y estaban lavando sus redes. Dueños de la una eran Simón y Andrés, y de la otra los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan.

Subióse el Maestro en la de Simón y le rogó que la retirase un poco de la tierra. Sentóse enseguida en uno de sus bancos, y desde la lancha siguió, ya más cómodamente, enseñando a las turbas que le escuchaban desde la orilla.

Terminó su plática, y entonces familiarmente invitó a Simón a salir a pescar, y le dijo:

«—Rema adentro, y echad vuestras redes a pescar.

»Y le respondió Simón:

«—Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y no hemos cogido nada. Pero porque lo dices, en tu palabra echaré la red.

»Y haciéndolo así recogieron una gran abundancia de peces, como que se les rompía la red. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra nave, para que viniesen a ayudarlos. Y vinieron y llenaron las dos lanchas, tanto que casi se hundían.

»Al ver esto Simón Pedro cayó de rodillas a los pies de Jesús diciendo:

«—Sepárate de mí, Señor, porque yo soy un pecador.

»Porque a él y a todos los que con él estaban los tenía sobrecogidos el estupor por aquella pesca en que habían cogido tantos peces. Y lo mismo sucedía a Santiago y Juan, los hijos del Zebedeo que eran compañeros de Simón.

»Pero Jesús dijo a Simón: No te asustes; desde hoy tendrás que ser pescador de hombres.

»Llegaron a tierra, y dijo Jesús a Pedro y Andrés:

«—Venid conmigo, porque os voy a hacer pescadores de hombres.

»Ellos dejaron al punto allí sus redes y le siguieron.

»Y se adelantó Jesús algunos pasos y vió a los dos hermanos, Santiago, el hijo del Zebedeo y su hermano Juan que también estaban en la nave con su padre Zebedeo, arreglando las redes, y los llamó. Y ellos dejando sus redes y a su padre Zebedeo con los marineros en la nave le siguieron».

¡Quién había de decirlo entonces, ni siquiera sospecharlo?... Aquellos cuatro hombres y otros ocho como ellos extendieron sus redes, frágiles a la vista humana, y donde en la noche de la filosofía con las redes de la razón humana nada hubieran pescado, en el día del Evangelio pescaron al universo mundo en las dulces redes del amor y fe en Jesucristo.

66. UN ENDEMONIADO EN LA SINAGOGA

(L. 4, 32-37; Mc. 1, 21-28)

«Y salieron a Cafarnaúm. Y pronto, el sábado, entró en la sinagoga, y se puso a enseñar. Y estaban todos asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene potestad y no como los Escribas».

Los Escribas, en efecto, les enseñaban traduciendo o interpretando las Escrituras y explicando las palabras de Dios, sobre las que no tenían ninguna autoridad ni dominio; al paso que Jesús exponía la ley y los preceptos, como quien era dueño de las Escrituras y de todo lo que decía y tenía autoridad para mandar y definir lo que quisiese. Además los Escribas entonces enredábanse en minuciosas disquisiciones y cuestioncillas de sus tradiciones, dudas y controversias, sin acertar a dar su fallo; al paso que el Divino Evangelio prescindía de todas sus falsas tradiciones, no hacía caso de sus inútiles cuestiones, explicaba la verdadera ley que venía a traer al mundo y decidía las dudas con autoridad y certeza. Así, pues, su predicación era de

tódo en todo soberanamente superior a la que estaban acostumbrados a oír a sus rabinos.

«Estaba entre los oyentes de la sinagoga un hombre poseído del demonio inmundo, el cual empezó a gritar diciendo:

»—¡Calla! qué tienes que ver con nosotros, Jesús Nazareno? Has venido a perdernos? Ya sé quién eres: eres el Santo de Dios.

»Y Jesús le increpó y le intimó estas palabras:

»—Calla y sal de ese hombre!

»Entonces el espíritu inmundo sacudió al hombre, lo arrojó al medio de la sinagoga, y gritando fuertemente salió de él, pero no le hizo ningún daño.

»El pavor se apoderó de todos, que sobrecogidos se preguntaban unos a otros:

»—¿Qué es esto? qué nueva doctrina es esta? Este hombre impera con potestad y fuerza aun a los espíritus inmundos, y ellos le obedecen y salen!...

»Al momento se divulgó la fama por todos los pueblos del país de Galilea».

No era para menos el hecho. Permitiéndolo así Dios Nuestro Señor por sus fines, y tal vez para que el Mesías demostrase mejor su poder, había en aquella época muchísimos poseídos del demonio. El demonio ocupaba el cuerpo del endemoniado, usaba de sus miembros a su capricho, por su fuerza, contra la voluntad del poseso, al cual prestaba no pocas veces fuerzas físicas y facultades superiores a las que el hombre puede tener. Apoderado de un hombre vivo, dueño en él de todo menos de su voluntad, a la cual no puede el diablo, ni aun en estos casos, violentar, movíalo, hacíalo hablar, comer, moverse, retorcerse, como él quería. A veces permitía al endemoniado tener acciones propias, y obrar según quisiese en muchos tiempos, a veces casi no le dejaba acción ninguna, fuera de la voluntad, que como he dicho siempre quedaba libre, sin que el demonio pudiese hacer que el endemoniado quisiese lo que no quería. Difícil es al hombre, pues Nuestro Señor no nos lo ha enseñado, explicar qué género de satisfacción encontraban los demonios en poseer así los cuerpos, pero es lo cierto que lo querían, y se resistían a salir cuanto podían.

Aquel hecho maravilló extraordinariamente a los que lo vieron, y con razón. Estaban acostumbrados a ver los largos exorcismos y oraciones que costaba librar a un endemoniado. Y esto muchas veces, por desgracia, sin éxito ninguno. ¿Cómo no les había de espantar el ver a Jesús mandar al demonio y con sola su palabra sin más arrojarlo de un poseso? ¿Qué rayo de esperanza era aquel para tantos endemoniados como recorrían toda la tierra, llenándola de horrores y espantos?

67. LA CASA DE SIMÓN

(L. 4, 38-41; Mc. 1, 29-34; Mt. 8, 14-17)

Apresuróse Jesús a salir de la sinagoga, donde todos quedaban enterándose de aquel prodigio, y acompañado de Santiago y Juan entró en casa de Simón y Andrés. Tristes encontraron a sus habitantes, porque la suegra de Simón se había acostado enferma. Tenía fiebre, y (según lo nota San Lucas, que de los evangelistas, era médico) fiebre de las que entonces llamaban *grandes fiebres*.

«Apenas entró el Señor le rogaron por ella. Acercóse Jesús y puesto a su lado mandó a la fiebre, tomó a la enferma su mano, la levantó, y al punto la dejó la fiebre». Y tanto la dejó, que «levantándose ella al punto se puso a servirles».

Mas no les dejaron descansar mucho tiempo. Llegó la tarde, púsose el sol, y con esto cesó el descanso del sábado, según la ley. Entonces todos cuantos habían oído las curaciones de aquel día y tenían enfermos en sus casas, fuéronse a ellas y cogiendo a todos los endemoniados que tenían y a todos los enfermos de todas clases, trajéronlos al Señor. Al crepúsculo vespertino estaba, dice San Marcos, a la puerta de la casa de Simón toda la ciudad. Salió afable el Maestro y fué poniendo las manos en cada uno de los enfermos, y con su palabra echando los demonios de los posesos.

«Salían los demonios de muchos gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas Jesús los increpaba y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.

No quería, sin duda, Jesús que se pensase que él se bus-

caba en los demonios la prueba de su misión, y por eso mandaba públicamente callar al demonio, cuando salía de los cuerpos.

Entonces, como dice San Mateo, se cumplía la palabra del Profeta Isaías que dijo: «Él mismo cargó con nuestras dolencias y tomó sobre sí nuestras enfermedades». Y aunque Isaías se refiere principalmente a las dolencias del pecado y del alma, bien pudo San Mateo decir esto, ya que la enfermedad es consecuencia del pecado, y la curación de los cuerpos símbolo de la curación de las almas.

68. ORANDO Y TRABAJANDO

(L. 4, 42-44; Mc. 1, 35-39; Mt. 4, 23-24)

No le hubieran dejado si él no se hubiese apartado. De seguro que al día siguiente le hubieran traído otros tantos y más enfermos, si hubiese seguido en casa de Simón, cuyo camino ya habían aprendido. Mas Jesús madrugó muy de mañana, salió de la ciudad, buscó un sitio apartado, y allí se puso a orar.

Pronto las turbas asediaron la casa de Simón preguntando por él. Y fueron tantos los que venían y preguntaban, que Simón salió a buscarle con sus compañeros. Halláronle por fin y le dijeron:

«—Todos te están buscando.

»Descubrióronle también las turbas, y corrieron a él, y observando que se quería ir a otra parte, le detuvieron y rogaron que no se fuese.

»Pero Jesús les dijo:

«—También tengo que evangelizar a otras ciudades el Reino de Dios. Vamos a los pueblos y ciudades vecinas, para predicar allí. Porque para esto he sido enviado y he venido.

»Y (en efecto) fué recorriendo toda la Galilea, predicando en sus sinagogas, que eran muchas, enseñando en ellas el Reino de Dios, curando todas las enfermedades y dolencias del pueblo. Su reputación se extendió hasta por toda la Siria, y le presentaron todos cuantos estaban enfermos, atacados de diversas dolencias y tormentos, poseídos de demonios y lunáticos. Y los curó».

69. EL LEPROSO

(L. 5, 12-16; Mc. 1, 40-45; Mt. 8, 2-4)

De esta manera, repartiendo por todas partes sus bondades, y (como decía en un sermón San Pedro que le fué acompañando) haciendo bien a todos y sanándolos a todos, fué recorriendo los ciento cuatro pueblos de aquella provincia densísima de habitaciones. Muchos fueron los prodigios que vieron sus ciudades, grandes los favores que repartió en Betsaida, patria de Simón, y en Corozáin, tan rebelde a pesar de sus bondades, y en Magdala, y en Caná, y en Naím, y, si se dignó entrar allí otra vez, en Nazaret, y quizás en la mundana Tiberiades donde se entregaban al placer, al lujo y al vicio Herodes y sus cortesanos.

En uno de sus viajes por los pueblos, no se sabe en cuál de ellos, de repente, he aquí que se le acerca un hombre que llamó la atención. Estaba lleno de lepra. El infeliz, quizás por ocultar su repugnante aspecto, al dirigirse a él paróse antes de tocarle y derribado en tierra ocultaba en el polvo su rostro, le adoraba y de rodillas le gritaba:

«—Señor, si quieres, puedes limpiarme.

Enfermedad horrible la que llevaba consigo. La lepra, comenzando por simples manchas coloradas de la piel, germina pronto en nodosidades y tubérculos que van poco a poco creciendo, sobre el rostro, sobre los pies y sobre las manos. Los tubérculos repletos de bacilos leproso, unas veces se convierten en repugnantes ampollas, otras en úlceras y llagas que destrozan todo el rostro. Las extremidades se van deformando y desprendiendo, los órganos se corroen sin cesar. El pobre enfermo se ve consumir lenta y suciamente, sin más esperanza que la muerte, porque no hay cura a tan grave mal.

Sea ó no contagiosa esta enfermedad, pues creo que disputan mucho acerca de esto los sabios, se la tiene por tal, y se toman contra el leproso los más exquisitos cuidados y precauciones. Según la ley de Moisés el israelita que tuviese una de estas manchas sospechosas debía pronto presentarse al sacerdote, para que lo examinase. Si el sacerdote lo encontraba efectivamente leproso, le declaraba im-

puro y le imponía el aislamiento de la sociedad. Desde entonces el leproso se retiraba a vivir solo. Para que se le reconociese, aun de lejos, llevaba desgarrados sus vestidos, descubierta la cabeza y oculta la barba con su manto; al que se le acercaba le gritaba: *Tame, tame*: Impuro, estoy impuro.

Si el leproso se curaba, lo cual no acontecía casi nunca, o nunca, sino en las falsas lepras, solo temporalmente y de modo que solo por algún tiempo no fuese contagioso el mal, el sacerdote daba de ello testimonio, se le purificaba, se le imponían ciertas medidas higiénicas, se le exigía un sacrificio según sus posibles, y se le admitía a la vida común.

Vino, pues, el pobre leproso, y desde lejos con humilde confianza y resignación le dijo:

—Señor, si quieres, puedes limpiarme.

Y cayó en tierra ocultando vergonzoso en el polvo su faz.

—Quiero, sé limpio—le dijo el Señor—y compadecido extendió sobre él su mano, y le tocó. Y al decir aquello desapareció la lepra y el hombre quedó limpio.

«Entonces le despidió y le intimó esta orden:—A ver cómo no lo dices a nadie. Sino que te vas y te presentas al príncipe de los sacerdotes, y le ofreces por tu limpieza el don que mandó Moisés, para que le sirva de testimonio».

Quería sin duda Jesús, por una parte que antes de recibir el certificado y autorización que la ley prescribía no entrase en el trato común, sino que primero recibiese certificación legal de que estaba ya curado. No quería por otra que este leproso dando cuenta de que Jesús curaba con su virtud hasta la enfermedad más horrible y rebelde, le saliesen al encuentro todos los leprosos, impidiendo tal vez su fin principal que era la predicación. Mas el leproso no pudo contenerse, y «salido de allí comenzó a pregonar y contar lo sucedido. Con lo cual se extendió más y más su fama, y acudía inmensa muchedumbre a oírle y pedir remedio para sus enfermedades, de modo que ya no le fue posible entrar, si no es ocultamente, en los pueblos.

«Frecuentemente se retiraba a la soledad y oraba. Mas de todas partes acudían a él».

70. CURA AL PARALÍTICO Y PERDONA LOS PECADOS

(L. 5, 17-26; Mc. 2, 1-12; Mt. 9, 1-8)

Se extendió tanto la fama, que ya no pudieron disimular más los fariseos sus recelos, ni fingir como hasta entonces indiferencia, y mandaron desde Judea, desde Jerusalén comisionados del Sanedrín que examinasen aquel movimiento y revolución que los traía recelosos hacía tanto tiempo, a pesar de lo mucho que querían disimular.

«Volvió Jesús a Cafarnaúm, su ciudad, después de varios días. Apenas se supo que estaba en casa de Pedro acudieron en tropel tantos que no cabían ni a la puerta.

Viendo tanta gente el Maestro, en la misma casa, sentóse y púsose a predicar el Evangelio. Este día había novedad en el auditorio: allí, atentos y espiondo todas sus palabras y conducta, estaban también sentados entre los oyentes del pueblo, los fariseos y doctores de la ley, que habían venido de todas las aldeas o castillos de Galilea, y de Judea y de Jerusalén, enviados sin duda los de Jerusalén por el Sanedrín, y convocados los otros por los que de Jerusalén habían venido.

«La virtud del Señor estaba sanando a todos. Cuando he aquí que vienen unos hombres trayendo en su camilla un paralítico conducido por cuatro. Empeñábanse en meterse y ponerlo ante el Maestro. Mas no hallando sitio por donde meterlo a causa del gentío, subiéronse sobre el tejado (cosa no difícil donde las escaleras están por fuera) y una vez allí «quitaron algunas tejas, y por aquel hueco bajaron la camilla, en que estaba el paralítico y le pusieron en medio ante Jesús».

«Viendo Jesús la fe de aquellos hombres dijo al paralítico:—Confía, hijo mío, se te perdonan tus pecados!»

¡Extraña palabra! había aquel hombre venido por la salud, y el Maestro en vez de dársela le perdona sus pecados. Además no se sabe que hasta entonces el Maestro hubiese dicho tal cosa a nadie. Y precisamente vino a decirlo en la ocasión en que más adversarios tenía delante, y adversarios que de nada como de aquello se iban a escandalizar. Buen comienzo tenían aquellos pobres fariseos, y

bien hallaban materia de que ofenderse del nuevo Maestro que los había humillado en Jerusalén.

En efecto, al escuchar aquella palabra, dicen los Evangelistas que «los escribas y fariseos comenzaron a pensar en sus corazones y a decir para sí mismos:

»—¿Qué está éste ahí diciendo?... este hombre blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios sólo!

«Jesús que conoció enseguida su espíritu y lo que estaban pensando entre sí, les dijo esta respuesta:

»—¿Qué malas ideas estáis revolviendo en vuestros corazones? ¿Qué os parece más fácil: decir al paralítico, se te perdonan tus pecados; o decirle, levántate, toma tu camilla y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados (y al decir esto se volvió al paralítico) yo te digo, carga con tu camilla y vete a tu casa.

»Y al punto, delante de todos, alzóse el paralítico, cargó con su camilla en que había estado postrado, y mirándolo todos se fué a su casa alabando a Dios».

»Las turbas que lo vieron quedáronse espantadas, y llenas de estupor alababan a Dios que tal poder dió a los hombres. (Así pensaban entonces que Jesucristo era hombre). Se disolvió la reunión y salían todos diciendo:

»—Hoy hemos visto maravillas!»

Y tan grandes que habían visto! Nunca hasta entonces se había presentado un hombre que se atreviese a perdonar los pecados, y probase tan grande autoridad con tan patente milagro. Los pobres escribas y fariseos quedaron desconcertados. Y después de todo tenían razón cuanto decían: ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios sólo? Pero es que el que tenían delante era Dios. Ya se lo probaría más tarde.

Y de seguro que Juan, el discípulo amado, el evangelista atento a todo lo que veía, que acostumbraba fijarse en pormenores mucho más insignificantes a veces, no olvidaría en esta ocasión aquella palabra que él y Simón habían oído a su Maestro Juan el Bautista en la primera tarde que pasó delante de ellos Jesucristo en el desierto: «He ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita los pecados del mundo».

¿Acaso vino a otra cosa Cristo Nuestro Señor que a redimirnos de nuestras culpas?

71. VOCACIÓN DE MATEO

NO VENGO A BUSCAR JUSTOS SINO PECADORES

(L. 5, 27-32; Mc. 2, 13-18; Mt. 9, 9-13)

Esto es lo que había de responder en breve a aquellos mismos hipócritas que se escandalizaban de las palabras de Jesús, y esquivaban el trato, con los que ellos llamaban pecadores, y tal vez lo eran, pero tal vez no lo eran tanto como muchos fariseos.

Había en Palestina en tiempo de Jesucristo una clase de hombres que a los ojos de un verdadero judío eran sinónimos de pecadores: los *publicanos*. *Publicum* era el nombre con que los Romanos designaban el impuesto del Estado, fuese directo o indirecto o de cualquier clase. Y publicanos eran los hombres encargados de cobrarlo, a quienes el Estado en pública subasta adjudicaba este cargo. No eran de baja condición sino que formaban una clase intermedia, la de los caballeros, inferiores, sin duda a los patricios, pero muy superiores a la plebe. Formaban por lo regular estos publicanos compañías de varios, cada una de las cuales tenía su representante y gerente principal en Roma, y en provincias los necesarios subgerentes, cada uno de los cuales tenía a su vez a sus órdenes muchos empleados inferiores, como contadores, cobradores, corredores, y agentes de todas clases. Naturalmente toda esta turba era de rango inferior a la de los directores, y descendía por todos los grados de la escala social hasta contar entre ellos muchos esclavos y gente perversa y ruin.

Todos ellos, aunque no lo eran, recibían el nombre de *publicanos*. Y como, aun los verdaderos publicanos, pero sobre todo sus subalternos eran en su mayor parte una ralea de hombres codiciosos, usureros y ladrones de todos géneros, la infamia de los más manchaba el nombre de todos, inferiores y superiores.

A estas razones generales que hacían odioso el nombre de publicanos de toda especie, se añadía entre los judíos otra, y es que los publicanos eran la representación más

sensible y odiosa de la dominación Romana, con todas sus injusticias, tiranías y violencias. Así que decir publicano y señalar el tipo más odioso y aborrecible a los judíos era lo mismo.

En Cafarnaúm había muchos de éstos de todas clases, por haber allí aduana a causa del poderoso tráfico de la plaza. Uno de ellos, que entonces se llamaba Levi de Alfeo, pero después fué más conocido con el nombre de Mateo (don de Dios) tenía a la salida de Cafarnaúm su garita en la que cobraba el portazgo o los tributos que le correspondían. Y un día poco después de este suceso del perdón de los pecados, «salió Jesús y dirigióse al mar. Toda la gente le seguía. Al pasar vió el Maestro a Levi de Alfeo sentado en su garita, y le dijo: Sígueme. Y Levi Mateo se levantó al punto y le siguió».

Aventura grande de parte del Maestro meter así a un publicano entre sus discípulos, y resolución hermosa en un publicano, dejarlo todo, por seguir a un Maestro pobre.

Pero Jesús no había venido a proceder en su evangelización conforme a los planes humanos. Y aunque sabía que se habían de escandalizar de su conducta los fariseos y escribas, determinóse a quitarles un susto y un escándalo con otro mayor, que de una vez les señalase la línea santísima de conducta que él pensaba seguir.

Porque Mateo, como para despedirse sin duda de sus amigos, y para congraciarlos tal vez si podía con el Maestro y atraerlos a él, «preparó a Jesús en su propia casa un gran banquete. Y cuando ya Jesús estaba reclinado a la mesa (entonces para comer se reclinaban en unas camillas que estaban en vez de las sillas alrededor y a la altura de las mesas) he aquí que empiezan a entrar y van sentándose muchos pecadores y publicanos junto a Jesús y sus discípulos: pues eran muchos los que ya le seguían».

«Y viendo los fariseos y escribas que estaban comiendo con los publicanos y pecadores, murmuraban y decían a sus discípulos:

»—¿Cómo vuestro Maestro come y bebe con los publicanos y pecadores?»

«Oyóles Jesús y les dió esta respuesta:

»—No son los sanos los que necesitan del médico, sino

los enfermos. Id a estudiar lo que significan aquellas palabras: más estimo la misericordia que el sacrificio. (Que era una sentencia del profeta Oseas). Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia».

Fina respuesta, llena de dulce ironía y de profunda teología y de suavísima esperanza para todos. Porque todos somos pecadores, y a todos ha venido a buscar Nuestro Señor Jesucristo, y solo aquellos quedarán sin parte de su misericordia que soberbios piensen que no son pecadores. Los demás, los que, aunque culpables, somos lo bastante humildes para reconocerlo, seremos buscados por el Buen Pastor y recibidos por el dulce Maestro con aquel amor y bondad con que fueron recibidos todos aquellos publicanos y pecadores amigos de Mateo, que estuvieron mano a mano a la mesa con él.

Mal iban quedando los fariseos que tan odiosamente seguían espionando los actos del Maestro de Israel. Cada paso que daban les iba resultando una nueva confusión. Mas no se rendían. Pronto se les ofreció nueva manera de censurar al Maestro.

72. EL ESPOSO

(L. 5, 33-39; Mc. 2, 18-22)

Dábales ocasión aquel mismo banquete que estaban viendo, que de creer es que no sería escaso ni desanimado. Tal vez el día en que se daba era alguno de aquellos en que los fariseos y los discípulos de Juan Bautista ayunaban, por alguna de sus tradiciones. Y deseosos de robustecer su propia autoridad, aquellos fariseos, que en otros tiempos habían despreciado y perseguido a Juan Bautista, a quien ellos, más aún que Herodes, habían encerrado en la cárcel, esta vez se juntaron con los discípulos de Juan para desprestigiar, si pudiesen, a Jesús, con el prestigio del Bautista, tan venerado siempre, y tal vez más entonces, por lo mismo que no estaba a la vista.

Juntándose, pues, «los discípulos de Juan y los de los fariseos que ayunaban, se acercaron a Jesús y le dijeron:

»—Y por qué los discípulos de Juan ayunan con frecuencia, y hacen oraciones y lo mismo los discípulos de los fariseos, y en cambio los tuyos comen y beben?»